

TERRORISMO EN EUSKADI: LEGITIMACIÓN DE LA VIOLENCIA, IDEOLOGÍA Y MITOLOGÍA

Antonio Duplá Ansuategui

El texto que sigue se refiere fundamentalmente al terrorismo de ETA, el único existente hoy día en Euskadi, que cuenta con un apoyo social y una legitimación notables en la sociedad vasca. El terrorismo del GAL, BVE y de otros grupos, dirigido o amparado desde los aparatos de Estado, afortunadamente desapareció hace tiempo y está hoy absolutamente deslegitimado¹. Vale en todo caso como argumento justificatorio (totalmente fuera de lugar a estas alturas) por parte de ETA y sus entornos. Ésta es otra razón que subraya la gravedad y la responsabilidad, insuficientemente aclarada, de quienes en su día tomaron la decisión de poner en marcha aquel auténtico terrorismo de Estado, totalmente ilegal e ilegítimo. Precisamente frente a los GAL y similares, cabe destacar el comportamiento escrupulosamente cívico, pacífico, y nada vengativo de la inmensa mayoría de las víctimas de ETA y sus familiares².

Estas ideas no constituyen un análisis exhaustivo y cerrado, sino más bien reflexiones en voz alta sobre un tema complejo y urgente, a partir de mi experiencia personal. Me considero un ciudadano comprometido, militante desde hace décadas en lo que un día se llamaba la extrema izquierda y consciente, con preocupación, de que mi compromiso activo con las víctimas del terrorismo ha sido demasiado reciente. No así mi crítica a ETA, algo bastante temprano, pero sin asumir todas las implicaciones que una crítica radical a la violencia terrorista etarra implicaba en los terrenos político, social y ético.

Lógicamente, como profano en la materia, me resulta difícil integrar estas notas en una perspectiva de salud mental colectiva. Sí hago constar el enfado de determinados sectores ante la afirmación de que la sociedad vasca está enferma. No pretendo caer en interpretaciones sociales biológicas, pero ciertamente entre nosotras y nosotros, en determinados ámbitos, hay miedo, hay demasiadas justificaciones, hay silencios excesivos, hay complicidades letales. Pienso que se trata de una patología evidente: a un determinado nivel nuestra sociedad no está sana, no puede estarlo.

¹ La acción de los GAL también gozó en su día de una destacada legitimación social, en cuanto que una parte importante de la sociedad permanecía callada o miraba para otro lado ante sus crímenes, con una aparente aceptación de la ley del Talión.

² Si exceptuamos algunas declaraciones prescindibles del anterior presidente de la Asociación de Víctimas del Terrorismo.

Los relatos contenidos en *Los peces de la amargura*, de Fernando Aramburu (2006), pueden ser una excelente guía para establecer un diagnóstico.

1. *La dimensión colectiva de la aceptación y legitimación de la violencia de ETA*

Cuando se habla de la legitimación de la violencia de ETA, ciertamente es importante matizar y modular el alcance de dicha aceptación en distintos sectores de la sociedad vasca. También hay que destacar la evolución habida en este tema en los últimos años, con una clara tendencia contraria a ETA y a la minorización de sus apoyos sociales. Pero el problema subsiste³. Con frecuencia nos encontramos ante el siguiente fenómeno en sectores relativamente amplios del espectro nacionalista y de la izquierda radical: se justifica a ETA por la maldad del contrario (del Estado, de España, de las distintas policías). No se elogia a ETA, pero tampoco se le critica abierta y explícitamente. Es más, la condena tajante, sin matices, suele provocar problemas en muchas personas de la izquierda abertzale, por ejemplo ante el mensaje breve y claro de los carteles presentes en numerosos ayuntamientos y edificios públicos: ETA No/ETA Ez.

Se trata de una actitud que no tiene por qué significar exactamente aprobación de lo que hace ETA, pero que considera necesario, a la hora de criticar a ETA, hacer toda una serie de consideraciones que «contextualizan» y «explican» el fenómeno. Incluso, pueden considerar contraproducente esa crítica directa, porque, dicen, podría alejar a sectores que no han asumido todavía la necesidad y oportunidad de ese rechazo. Este problema es persistente y afecta a sectores amplios en el País Vasco. Una consecuencia es que en numerosas ocasiones las reivindicaciones y declaraciones, institucionales o de la sociedad civil, sobre los derechos humanos resultan insuficientes por la renuncia a criticar de forma explícita a ETA. Un ejemplo concreto lo tenemos en el reciente Manifiesto vasco por los Derechos Humanos, promovido por Baketik e impulsado por el Gobierno Vasco y su Dirección de Derechos Humanos. Si hay un aspecto en rela-

³ Como es lógico, resulta imposible cuantificar los apoyos explícitos de ETA. Para calibrar el peso de la izquierda abertzale, uno de los sectores en los que estoy pensando preferentemente en este texto, pueden servir como referencia indirecta los datos electorales, que superan los 220.000 votos en 1998 y 1999 con Euskal Herritarrok, durante una tregua de ETA, hasta reducirse a la mitad en convocatorias posteriores. Por otra parte, en wikipedia se atribuyen al periódico *GARA* 110.000 lectores. Como es sabido, entre la propia izquierda abertzale ahora aumenta presuntamente la distancia respecto a ETA, pero subsisten los problemas analizados en el texto.

ción con los derechos humanos en el que Euskadi puede hacer una aportación específica, es en su posicionamiento activo contra ETA y todas sus implicaciones. Ahí, precisamente, reside también la posible dimensión educativa específica, desde nuestro país, de este tema. Sin embargo, el Manifiesto citado no alude a ETA y resulta, en mi opinión, excesivamente genérico y convencional⁴.

La aceptación implícita del terrorismo de ETA, que no aprobación, insisto, significa que muchas de sus consecuencias más perversas son aceptadas como si formaran ya parte del paisaje tradicional de nuestro pequeño país. En todo caso, se comentan las consecuencias «incómodas» de algunas medidas dirigidas a evitar sus acciones. Por ejemplo, se minusvalora el alcance de la acción de ETA en la vida cotidiana de miles de personas. No se valora el drama de vivir amenazado y se comenta lo incómodo de la aparición de los escoltas en determinados ámbitos (en conferencias, concentraciones, exposiciones, etc.); la posición extrema puede llegar a ridiculizar esa situación o, incluso (también lo he oído), se dice que a mucha gente le gusta ir con escolta porque le da importancia. No cuantifico esta última afirmación, simplemente lo señalo como expresión de un determinado pensar.

Algo parecido sucede con el problema, igualmente difícil de cuantificar, de la gente que ha tenido que abandonar Euskadi a causa del terrorismo. Con frecuencia se rechaza como una exageración, como un bulo, difundido y magnificado por los «reaccionarios de siempre», cuando lo grave es la mera existencia del problema, por reducido que pueda ser⁵.

El mal llamado «impuesto revolucionario» constituye otro ejemplo de lo que hablo. Independientemente de lo inapropiado del término, es un tema que ejemplifica como pocos las prácticas intimidatorias de ETA y la amplitud de su acción, que quedará patente si alguna vez se sabe cuántas personas se han visto obligadas a pagar a lo largo de esta historia. Cuando se habla en determinados círculos, se llega a admitir que mucha gente, mucha y muy variada, ha pagado o paga. Sin embargo, cuando en torno a este tema se insiste en despojar a ETA de toda reminiscencia épica subrayando su carácter mafioso, se calla. Es más, en ocasiones los interlocutores contraatacan aludiendo a la hipocresía social que castiga a los eslabones más débiles de esta cadena,

⁴ «El compromiso vasco por los derechos humanos», Campaña Vasca de Conmemoración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (www.60urteurrena.org/es/manifiesto.html, consultado el 29.10.08). Baketik, Centro por la Paz y elaboración ética de conflictos, tiene su sede en Aránzazu (Guipúzcoa) y está dirigido por Jonan Fernández, antiguo líder y portavoz de Elkarri (www.baketik.org).

⁵ De nuevo, hay una posición extrema: «¡Que se vayan, no los necesitamos!», «¡son españoles!». El último documental de Iñaki Arteta, *El infierno vasco*, trata este problema.

mientras deja en paz a otros sectores más famosos, también verosímelmente implicados⁶.

La ocupación de los espacios públicos refleja también en numerosas ocasiones esa aceptación y legitimación, más o menos pacientes y resignadas, de la violencia de ETA. Un ejemplo claro lo tenemos en las fiestas de pueblos y ciudades, cuando la presencia de fotografías, pancartas, etc., manifestando simpatía por ETA y sus presos son omnipresentes, en claro contraste con la auténtica representatividad social de dichos sectores. Esa presencia hipertrofiada adquiere una de sus máximas expresiones, una y otra vez, la víspera de San Sebastián en la plaza de la Constitución donostiarra, donde la apología de la violencia convive más o menos alegremente con la fiesta⁷. En este panorama preocupante, la aparición de nuevos signos de respuesta cívica activa resulta esperanzadora⁸.

2. *Realidad, ideología y realidad virtual*

En la sociedad vasca actual, sociedad compleja donde las haya, el análisis de la actualidad y también de la historia, reciente o más antigua, está mediatizado con frecuencia por una serie de prejuicios ideológicos, mitológicos casi en algunas ocasiones, que distorsionan la realidad de forma preocupante. De nuevo, las consecuencias no implican la aprobación estricta de ETA, pero sí cierta justificación, y dificultan la crítica radical de los terroristas y de quienes les apoyan o «comprenden»⁹. El aislamiento cuando menos ideológico de estos sectores, requisito necesario, pienso, para que recapaciten, se torna así imposible y se mantiene cierta legitimidad, más o menos explícita, de la violencia.

⁶ Se refieren al caso de algunos conocidos cocineros vascos citados en 2004 a declarar, frente al encarcelamiento sufrido por las hermanas Maribel y Blanca Bruño en junio de 2008, acusadas de «efectuar pagos voluntarios a ETA». A raíz de esa detención, se hizo pública en los medios de comunicación una carta de su padre, Andrés Bruño, antiguo alcalde de Usurbil por el PNV, en la que reconocía haber sido víctima de la extorsión durante los últimos 28 años.

⁷ El vestíbulo de entrada de la Facultad de Letras de la UPV/EHU, como el de muchos centros universitarios vascos, supongo, ha estado durante mucho tiempo literalmente invadido por pancartas absolutamente ofensivas (por ejemplo, la consigna «PSOE hiltzaile» –asesino, en euskera– era recurrente); pancartas, todo hay que decirlo, escrupulosamente respetadas por quienes se podían ver directamente insultados. El último acto de este tipo se pudo ver en nuestro centro el pasado 27 de septiembre, *Gudari eguna* (Día del soldado vasco), con carteles enalteciendo las armas, pebetero ceremonial y bertso incluidos.

⁸ Por ejemplo, la condena por primera vez de un atentado terrorista en el Zinemaldia-Festival de Cine donostiarra (Fernando Savater, «Allá películas» (*El País*, 30-IX-2008).

⁹ Indudablemente, de estos presupuestos políticos no se evoluciona necesaria y mecánicamente a planteamientos violentos, pero adobados con otros elementos y en unas circunstancias dadas, sí conforman un escenario que puede facilitar y justificar dicha evolución.

Me refiero, en primer lugar, a la abusiva identificación de la situación vasca con otros escenarios internacionales por parte de importantes sectores de la izquierda radical. Se trata en general de situaciones en las que las condiciones políticas o socioeconómicas son, o han sido, claramente opresivas y ello ha provocado en un momento dado reacciones violentas por parte de grupos organizados. América Latina, Palestina o Sudáfrica son objeto de una solidaridad necesaria, pero también sirven de referentes a partir de comparaciones interesadas y poco rigurosas.

No obstante, los prejuicios antedichos no se circunscriben a la izquierda radical, sino que afectan a sectores más amplios. Esto es así cuando esa distorsión se aplica a la reconstrucción histórica, dando lugar a un relato que subraya la presunta continuidad del franquismo en Euskadi, que habría sufrido sin solución de continuidad la opresión y represión del Estado español desde 1936. Este relato histórico nacionalista presenta la Guerra Civil en el País Vasco como un enfrentamiento entre españoles y vascos, justifica el surgimiento de ETA en la legitimidad antifranquista, minusvalora la transición y el surgimiento de la democracia, y conecta los gudarís de ahora con los de 1936¹⁰. En discusiones sobre la solidaridad con las víctimas de ETA no es infrecuente que el interlocutor se remonte a los fusilados y desaparecidos de 1936 para «contextualizar» el problema.

Esos prejuicios, en el sentido más literal del término, se encuentran en general en el mundo nacionalista vasco, por ejemplo en su conocido victimismo a propósito de la situación vasca, a la incomprensión de España, a los continuos bloqueos del Gobierno de Madrid, etc. Este victimismo puede presentarse de forma agónica, ante la presunta desaparición de Euskal Herria, su lengua o sus tradiciones o de forma más política. En el primer caso resulta sin más un sinsentido, al comparar la situación actual con la de hace tres o cuatro décadas, salvo que nos remitamos a una mítica Edad de Oro perdida, históricamente inexistente¹¹. En el segundo, esa queja continua por parte de quienes durante 25 años han controlado ininterrumpidamente el Gobierno Vasco, disfrutando de un presupuesto y unas competencias más que notables, que les ha permitido crear una espesa red clientelar, resulta cuando menos sorprendente. Pero todo ello contribuye a alimentar esa sensación de maltrato de Euskal Herria por parte de España, que constituye una de las fuentes indirectas de la subcultura de la violencia en Euskadi.

¹⁰ El artículo de Antonio Rivera, «Cuando la mala historia es peor que la desmemoria: acerca de los mitos de la historia contemporánea vasca» (*El valor de la palabra. Hitzaren balioa*, 4, 2004, 1-72), resulta fundamental para estudiar este problema.

¹¹ Frente a la realidad de una Universidad del País Vasco pública como nunca había tenido este país, hemos podido leer en panfletos de una organización juvenil abertzale que nos encontramos ante una Universidad colonial.

En este mismo terreno se puede incluir la casi permanente necesidad del mundo nacionalista, incluidas las principales instituciones que controla, de la equidistancia en sus análisis políticos. La crítica a ETA se suele ver acompañada por la correspondiente crítica al Estado, a quien se hace responsable de no tomar las medidas suficientes para favorecer una decisión definitiva de ETA de dejar las armas. Si no se dice de forma explícita se apunta este extremo y se dividen las responsabilidades de que el «conflicto» no se resuelva. Este es un tema realmente complejo, que provoca reacciones airadas cuando se señala, pero tiendo a pensar que una caracterización de nuestra situación en términos de «conflicto» o «contencioso», de supuestas raíces históricas además, no contribuye a centrar el problema, sino, al revés, confunde los planos, proporciona argumentos políticos y enmascara la responsabilidad única y exclusiva de ETA en la continuidad del accionar terrorista¹². Si desapareciera el terrorismo, desde luego no se resolvería el problema político de nuestro país, pero se plantearía en términos estrictamente políticos y cívicos. En definitiva, entraría en juego la política. Esa sería la auténtica normalización que necesitamos (Villanueva, 2006).

Antes he hecho referencia a distintos términos polémicos. El lenguaje es otro recurso que puede traducir de una u otra manera una concepción del mundo, susceptible de manipulación política¹³. Y en el caso vasco este problema es patente. ETA y el mundo que le apoya poseen su lenguaje (ekintzak –acciones–, gudariak –soldados, sus militantes–, frentes de lucha, etc.). El problema es que durante mucho tiempo, por un análisis insuficiente de la realidad y de la evolución de los acontecimientos y sin advertir sus implicaciones, sectores relativamente importantes de la sociedad vasca hemos compartido ese lenguaje. En Euskadi, mucha gente no duda un momento en hablar de los «asesinatos» del GAL, del crimen de la tortura o de la derecha fascista. Sin embargo, todavía hoy buena parte de esa gente se resiste a hablar de los asesinatos y del terrorismo de ETA, cuando es evidente la dimensión terrorista, de infundir terror, presente en sus acciones. Por no hablar de los «presos políticos vascos», otro término equívoco de complejas implicaciones. Alguien ha acuñado el término «delincuentes políticos vascos» (Arias, 2006). Probablemente sea más preciso: no se niega la dimensión política del tema, el hecho de que los

¹² Desarrolla amplia y profundamente esta tesis Martín Alonso, ¿Sifones o vasos comunicantes? La problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del conflicto vasco, Bilbao, Bakeaz, 2007.

¹³ Un tratamiento hoy clásico del tema, aplicado al régimen nacionalsocialista, es el de Victor Kempplerer, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2001. Recientemente se ha estudiado el tema aplicado al término «rojo» durante la Guerra Civil y el franquismo (Francisco Sevillano, *La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007).

etarras actuaran así por convicciones político-ideológicas, pero su acción era criminal. No están encarcelados por sus ideas independentistas, por ejemplo, sino por sus acciones delictivas. Esto último se puede poner en relación con otro mecanismo muy presente en Euskadi, en relación con el lenguaje y sus implicaciones. Me refiero al abuso de la sinécdoque, a tomar la parte por el todo. Su uso y abuso, en realidad por toda la clase política, contribuye a mantener esa imagen de permanente hostigamiento del Estado español contra Euskal Herria: cuando se detiene a presuntos implicados en acciones terroristas, se persigue al pueblo vasco; cuando se actúa contra Batasuna y el presunto entramado de ETA, se condenan las ideas independentistas; cuando se actúa contra un periódico en euskera, se persigue el euskera. La verdadera razón de todo ello es otra y a la sinécdoque se suman las anteojeras políticas: en todos los casos el nexa es ETA; de hecho toda la juventud vasca no se da por aludida cuando detienen a jóvenes implicados en la kale borroka, tampoco se condena a EA o Aralar, formaciones explícitamente independentistas, ni se persigue el euskera en otras publicaciones, en las ikastolas o en la propia Universidad del País Vasco¹⁴.

3. *Terrorismo y bienestar*

Ignacio Ellacuría ha dicho que la violencia contra las personas solamente es aceptable como respuesta última ante situaciones de carencias materiales extremas (Vitoria, 2006). Probablemente pensaba en determinadas realidades de América Latina, que él tan bien podía conocer y donde surgieron varias guerrillas de inspiración marxista en los años sesenta. Sin embargo, si volvemos la vista hacia Europa occidental y en particular hacia la CAPV y Navarra, ese análisis es inaplicable. Sorprende dolorosamente la paradoja brutal de ese terrorismo de la abundancia del que alguien ha hablado¹⁵ y de cómo en nuestro país se puede pasar sin ningún problema de discutir sobre la merluza de anzuelo a justificar al pistolero.

En la reciente película de Gutiérrez Aragón, *Todos estamos invitados*, al margen de otros aciertos o desaciertos, se muestra esa realidad opulenta en la cena de la sociedad gastronómica la víspera de San Sebastián. Creo que uno de los momentos más logrados de la película es aquel en el que se muestra la brutalidad del asesinato en abrupto contraste con el nivel de vida de la sociedad donostiarra instalada. Es también el momento en el que se hacen patentes la hipocresía y la mezquindad moral de esa socie-

¹⁴ En este párrafo no valoro lo acertado o no de determinadas acciones judiciales y políticas, sino tan sólo pretendo ilustrar una determinada forma de pensar.

¹⁵ Creo que es una expresión acuñada por Kepa Aulestia.

dad, cuando dejan irremediablemente solo al protagonista. Esa situación, quizá difícil de imaginar para quien viva fuera de Euskadi, ilustra a la perfección lo que pretendo argumentar en estas páginas¹⁶.

El Gobierno Vasco, con su lehendakari a la cabeza, se vanagloria repetidamente de ese nivel de bienestar material y de los logros «vascos» en materia de desarrollo económico y gasto social¹⁷. Logros que sitúan a la CAPV en el tercer puesto del ranking internacional del Índice de desarrollo humano, en la particular interpretación del Índice que hace el EUSTAT¹⁸. Pero si hiciéramos caso de la definición de salud que hace la OMS, como «equilibrio físico, psíquico y en armonía con el entorno» y analizáramos la incidencia del terrorismo en la salud mental de la sociedad vasca, presumiblemente esa clasificación variaría y habría que moderar tanto triunfalismo.

En todo caso, el nivel de vida de la sociedad vasca es indudablemente muy alto y por ello destaca más todavía la pervivencia del fenómeno terrorista. Se trata, además, de una violencia ni generalizada ni continua, por lo que resulta fácil vivir olvidándose de ella, salvo para los sectores directamente afectados o para los más sensibles. Ese es uno de los aspectos más perversos de nuestro drama¹⁹.

Mientras tanto, la ciudadanía vasca vive, trabaja, se divierte, al margen de esa otra realidad que afecta a miles de personas, pero que en principio no se ve en nuestra cotidianeidad. No sólo eso, supuestamente la porosidad de esta sociedad permite una convivencia ideológica no problemática en diferentes ámbitos de la vida social, el trabajo, el ocio o el deporte. Se comparten espacios, pero me temo que al precio de no hablar del «tema». Y me queda la duda de qué espacios se comparten de manera plenamente transversal. Quizá el deporte sea uno indiscutible, pero no sé cuántos más.

¹⁶ La película, como tantas otras en las que se ofrece una imagen crítica de ETA ha pasado sin pena ni gloria en Euskadi. Para una polémica relacionada con lo que comentamos aquí: Javier Ayesa, «Todos estáis invitados», *hika* 198, abril 2008, 48; con mi apostilla «Al César lo que es del César», *hika* 199, mayo 2008, 48.

¹⁷ *Pleno del Parlamento Vasco. Debate sobre política general. 26 de septiembre de 2008. Discurso del Lehendakari Excmo. Sr. D. Juan José Ibarretxe Markuartu*, Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2008.

¹⁸ EUSTAT (Euskal Estatistika Erakundea/Instituto Vasco de Estadística), nota de prensa de 11-XII-2007, que comenta el Índice de desarrollo humano 2007. España (¿con o sin Euskadi?) aparece en el puesto 14, en un ranking cuyos dos primeros puestos correspondían a Islandia y Finlandia. Vid. www.eustat.es.

¹⁹ Imanol Zubero, en una mesa redonda, organizada por Gesto por la Paz en octubre de 2008 en Vitoria-Gasteiz, hablaba de violencia «cómoda».

4. *Lastres ideológicos y violencia*

De cualquier manera, no parece que la legitimación y justificación de la violencia terrorista descansen en argumentos socioeconómicos. Hay que buscar en otra parte. Una responsabilidad fundamental creo que corresponde a una serie de concepciones tradicionales de un determinado marxismo y también del nacionalismo, que ha impregnado las formas de pensamiento de importantes sectores de la población vasca, del nacionalismo en general y en particular de la izquierda abertzale y la izquierda radical. Es un fenómeno que adquiere un peso particular en el País Vasco, donde hay mucha gente igual de poco informada y pasiva que en otros lugares, pero menos apolítica o neutra²⁰.

Desde el momento en que la violencia no es un problema de locos o psicópatas, tiene su interés intentar descubrir el entramado de su lógica, que existe sin duda alguna, por perversa que nos pueda y deba parecer. Apunto de forma sumaria algunas ideas²¹.

En la concepción del mundo y el sistema de valores que ampara la violencia encontramos un rasgo presente en la peor tradición del marxismo más rígido o del nacionalismo más sumario. Me refiero al pensamiento estrictamente binario: blanco/negro, amigo/enemigo, conmigo/contramí, que distorsiona el análisis de la realidad, el tratamiento del adversario político o la flexibilidad de nuestras posturas.

Otro problema deriva de la hipertrofia de los sujetos colectivos y de los fines igualmente colectivos, que puede producir resultados perniciosos. Se trate de la emancipación de una clase o de la liberación de una nación, o de una combinación de ambas, la grandeza y trascendencia del objetivo último justifican todos los pasos previos, cuyas consecuencias más negativas entrarían en el capítulo de daños colaterales inevitables. Nos encontraríamos ante una nueva versión contemporánea de la doctrina de la «guerra justa», de tanta fortuna en la historia occidental. En la dialéctica medios y fines, la nobleza del fin último claramente justificaría los medios. La dureza del planteamiento quedaría relativizada si se hace de la violencia una inexorable necesidad histórica («la violencia, partera de la historia») y, por otro lado, se parte de una concepción épico-romántica de la misma. Un antiguo militante izquierdista italiano lo decía así: «Mi generación ha tenido una relación romántico-rebelde

²⁰ El nivel de politización de la sociedad vasca es mayor que el de Salamanca o Zaragoza, por ejemplo.

²¹ He desarrollado algo más estas ideas en «Deslegitimación de la violencia», *Bake hitzak. Palabras de paz* 63, diciembre 2006, 73-75. Es particularmente interesante el número 61 de dicha revista (mayo 2006), dedicado monográficamente a la «Deslegitimación de la violencia»; el tema se retoma en el n.º 70 (octubre 2008).

con el crimen»²². La imagen del guerrillero dispuesto a morir, lamentablemente también a matar, por la revolución o por su patria, puede despertar mucha simpatía, y así lo ha hecho (Casquete, 2007). Planteado en otros términos (pena de muerte, juicios sumarios, ausencia de la posibilidad de defensa, supresión de la presunción de inocencia), un atentado mortal de ETA resulta bastante menos atractivo.

El colectivismo del que hablamos, que en el caso que nos ocupa para algunos resulta directamente totalitarismo (Altuna, 2007), desde luego dificulta el análisis individual de los comportamientos, las responsabilidades y los sufrimientos. Esa perspectiva colectivista implica una deshumanización del individuo y de la posible víctima. Ello facilita su selección, su ejecución y, posteriormente, difumina su sufrimiento o el de sus allegados. Ese colectivismo también puede implicar una concepción instrumental de los derechos humanos. Los supuestos derechos colectivos pasan por encima de los derechos individuales y, en particular, del derecho a la vida. Así es como el cierre de un periódico, hecho ciertamente grave, provoca en sectores nacionalistas una reacción desproporcionadamente mayor y más activa que el asesinato de un periodista²³. O, en otro orden de cosas, combinado con el pensamiento binario y una concepción rígida del nosotros vs. los otros, puede dar lugar a ciertos despropósitos. Así, contamos hoy con un observatorio de los derechos humanos que no contempla las acciones de ETA y sus consecuencias²⁴. Desde ese punto de vista, se condena y se denuncia cualquier presunto abuso contra los de nuestro bando, pero se rechaza la condena de ETA, porque «no sirve para nada». Se trata de una doble moral, que refleja una grave subcultura de la violencia (Arias, 2006).

²² Henrike Knörr, «Ahora que el tumor desaparecerá» (*Diario de Noticias de Álava*, 26-IV-2006): «Muchos vascos, y no pocos fuera de nuestro país, aplaudían a los violentos o al menos a su periferia. Creían en la necesaria presencia y actividad de ETA como una especie de ‘Coyote’, restaurador de la justicia y defensor de los indefensos. Claro que muchos caminos del contraterrorismo eran igualmente oscuros (torturas, GAL, etc.). El panorama internacional era favorable a los proviolentos. Se entronizaba al Che Guevara, se cerraban los ojos ante las barbaridades del maoísmo y sus copias, se hablaba con desprecio de la ‘democracia burguesa’, había cierto halo seductor en las pistolas y en las bombas. Lo ha dicho el escritor Massimo Carlotto, antiguo ultraizquierdista, famoso en Italia por un error judicial que le mantuvo años en la cárcel; hablaba de Italia, pero sus palabras pueden ser aplicadas a otras partes: “Mi generación ha tenido una relación romántico-rebelde con el crimen” (*Avui*, 12-II-2006)».

²³ Me refiero a las reacciones tras el cierre del diario *Egunkaria* y, en concreto, a la masiva manifestación de protesta y, por otra parte, al asesinato en Andoain, sede por cierto del periódico citado, de Joseba Pagazaurtundua, y antes de José Luis de la Calle, que no suscitaron una reacción similar. Vid. A. Duplá, «Indignaciones selectivas», *hika* 142, marzo 2006, 12.

²⁴ Behatokia. Observatorio Vasco de Derechos Humanos (www.behatokia.info).

Otra herencia perversa de un marxismo rígido, que se mueve con incomodidad en el terreno de la ética, es esa falta de compasión, esa incapacidad de empatía con el sufrimiento de los «otros», ese «corazón de hielo», que se advierte en no pocas ocasiones en la sociedad vasca. No hay que olvidar que ese marxismo citado ha alimentado el odio («de clase») y que ha distinguido tradicionalmente entre la moral del amo y la del esclavo²⁵. Malos mimbres para construir una ética integral, sobre la base del respeto de los valores humanos y su valor universal. Ese odio de clase es ahora nacional y, así, «español» es uno de los insultos habituales del mundo abertzale. Hay bastante odio todavía en la sociedad vasca, cargado de «antiespañolismo», y peor todavía, lo hay en sectores muy jóvenes.

5. *Hacia el futuro*

En la sociedad vasca hay preocupación, indignación, expectación y, también, hastío ante una situación política que parece permanentemente bloqueada y sin perspectiva de resolución²⁶. El primer factor que puede romper este estancamiento y abrir la puerta a un horizonte distinto es, sin duda alguna, ETA. La noticia que la inmensa mayoría de la sociedad vasca está esperando es la que comunique el abandono definitivo de las armas por parte de la organización terrorista. Lamentablemente no parece que estemos todavía cerca de ese momento. Mientras tanto, es necesario insistir en una serie de líneas de trabajo tendentes a reducir los apoyos sociales de ETA y a extender la crítica de la violencia y su deslegitimación.

Posiblemente, una mayor predisposición del Gobierno español a reconocer decididamente el carácter plurinacional, plurilingüístico y pluricultural del Estado y la sociedad española también facilitaría las cosas, en particular al restar argumentos a los planteamientos que giran en torno al «contencioso» histórico entre el Estado español y Euskal Herria. Determinadas sentencias judiciales o del Tribunal Constitucional también parecen más dirigidas a enconar los enfrentamientos políticos que a aliviarlos. Pero no es ése el centro de mi reflexión.

No obstante, sí hay un terreno en el que determinadas decisiones políticas pueden ayudar a que ciertos sectores abandonen su silencio ante ETA, cuando no su justificación más o menos activa, y contribuyan a extender el

²⁵ León Trotsky, *Su moral y la nuestra*, Vitoria-Gasteiz, 2003 (original de 1938). La figura de Georges Labica es ilustrativa sobre los problemas relativos a la violencia y la ética en determinada izquierda (www-lahaine.org/labica; véase lo referido a Euskal Herria en su sección en español).

²⁶ De ello hablaba recientemente el sociólogo Javier Elzo, «Hartos y hastiados» (*El Correo*, 30-IX-2008).

campo de su deslegitimación. Me refiero a la política penitenciaria y a las actuaciones contra la tortura. En el primer caso, se trataría de una política más flexible de reubicación de los presos de ETA, que pudiera rebajar el enconamiento y el alineamiento de los colectivos de familiares de presos y facilitara, en ellos, sus familiares y sus allegados, una reconsideración auto-crítica de sus actos, un reconocimiento de sus consecuencias y, por lo tanto, un aumento de la deslegitimación de la violencia²⁷.

En el caso de la tortura, práctica absolutamente rechazable e ilegítima, no cabe hablar hoy día de su práctica sistemática, pero indudablemente se dan casos. La reluctancia de las autoridades políticas y policiales a tomar todas las medidas posibles para erradicarla, como la reducción de la inco-municación, la instalación de cámaras en celdas o la asistencia de abogados, así como la presencia de médicos independientes, contribuye a minar la autoridad moral del Estado y su credibilidad, dando alas en última instancia al discurso violento. Precisamente, otro síntoma de la enfermedad de nuestro país es la escasa denuncia social de la tortura, que en este caso, no se extiende a los sectores bajo la influencia ideológica abertzale, sino precisamente al resto de la sociedad, que al parecer identifica la denuncia de la tortura con la apología de la violencia política y con los grupos que la apoyan²⁸. La realidad nos muestra una sociedad envenenada desde hace varias décadas por la persistencia de una violencia justificada políticamente, con implicaciones que penetran muy profundamente en el tejido social. La tarea de reconstrucción ético-política es, en consecuencia, inmensa²⁹.

Son presupuestos básicos de ese trabajo los siguientes: no es aceptable matar, en ningún momento ni lugar, a quien piensa de modo diferente; es obligado respetar en su plenitud el pluralismo de una sociedad como la vasca; hay que profundizar en estrategias de resolución pacífica y cívica de los conflictos políticos y sociales. Pese a su aparente sencillez, no es ocioso insistir en ellos una y otra vez, pues su aplicación estricta afecta a concepciones muy arraigadas en nuestra historia y nuestras tradiciones políticas. Ese déficit ético es evidente en muchos terrenos. Estoy pensando en aquellos sectores que afortunadamente se van sumando a la crítica a ETA y a la petición del fin de sus acciones, con planteamientos que giran

²⁷ Reconozco que no existe ninguna garantía del posible éxito de una estrategia semejante y la reflexión puede ser tildada de bienintencionada, pero ingenua e ineficaz, mero *wishful thinking*.

²⁸ No les falta razón, pues el de la tortura es otro de tantos temas que ETA ha contaminado. Sin embargo, e independientemente de la actuación oportunista y unilateral de los grupos abertzales anti-tortura, es cierto que la sociedad en su conjunto presenta un notable déficit ético-político en esta cuestión.

²⁹ Y exigiría, además, aparcarse temporalmente determinados planteamientos políticos (Javier Villanueva, «¿Qué hacemos con la política mientras persiste ETA?», www.pensamientocritico.org, enero 2008).

en torno a la rentabilidad política. Se pide a ETA que cese de actuar y matar, lo cual es en sí mismo tremendamente positivo, pero la argumentación gira en torno a la ineficacia actual de la lucha armada, a las crecientes consecuencias negativas de sus atentados para la izquierda abertzale, al callejón sin salida en el que se adentran³⁰. Importante y necesario, pero insuficiente. Falta toda una reflexión sobre las consecuencias éticas de la violencia, sobre las relaciones entre ética y política, sobre la subordinación de la segunda a la primera, sobre lo que está ocurriendo en esta sociedad desde hace muchos años³¹. En ese terreno queda mucho por hacer.

Que la tarea no es nada fácil y que las dificultades pueden provenir de distintos lados lo ilustran algunos desencuentros surgidos al calor de las iniciativas para denunciar las trágicas consecuencias del terrorismo en nuestra sociedad. Recuerdo en estos momentos la agria respuesta de un conocido intelectual vasco a las convocatorias de Gesto por la Paz ante cualquier muerte directamente relacionada con la violencia, incluida la de un presunto etarra³².

En ese horizonte de progresiva deslegitimación de la violencia y de educación ética resulta fundamental el concurso de las asociaciones y colectivos de víctimas del terrorismo. Su presencia nos recuerda permanentemente la tragedia que hemos vivido y seguimos viviendo. Sus exigencias de reconocimiento, justicia y reparación constituyen un auténtico programa ético-político imprescindible para superar las heridas de la violencia y recomponer una sociedad muy dañada. Son una garantía contra el olvido, contra las componendas que pudieran abrir paso a la impunidad, y son un recordatorio de la necesidad de una reflexión profunda y autocrítica sobre una cultura política condescendiente con la violencia, ciega ante las consecuencias negativas que provoca en una comunidad dada. Su labor callada, sufrida, paciente, en especial en los años duros en los que parecían todavía invisibles, ha sido la condición para que hoy el reconocimiento de las víctimas haya dado importantes pasos adelante en la sociedad vasca³³.

³⁰ Me refiero, en principio, a la famosa carta dirigida por «Pakito» y otros ex-dirigentes de ETA a la dirección de la banda en agosto de 2004, en la que propugnaban el abandono de la lucha armada ante las dificultades del momento y su ineficacia, y a declaraciones análogas.

³¹ «Hemos dado a entender que el sufrimiento de los otros nos daba igual y que el fin lo justificaba todo. Ha sido un error evidente». Eran palabras de Arnaldo Otegi hace un tiempo en el diario *Avui* (citadas en *Diario de Noticias de Álava*, 9-V-2006, p.17); lamentablemente esa reflexión no parece haber tenido continuidad.

³² Me refiero a la polémica entre Aurelio Arteta, Catedrático de Filosofía Moral y Política de la UPV/EHU y Rosa M.^a Gómez del Moral, miembro de Gesto por la Paz, en el verano de 2002 (los textos en www.sepv.org/observatorio/social, página de la Sociedad Española de Psicología de la violencia).

³³ Es justo reconocer aquí el trabajo desarrollado estos últimos años por la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo, dependiente de la Consejería de Interior del

Junto a la reflexión sobre las víctimas y lo que representan, otros dos campos de actuación me parecen fundamentales en este trabajo de recomposición de la sociedad vasca. Por un lado, se trata del avance de una educación para la paz, que contribuya a socavar las ideas y presupuestos que sustentan la legitimación de la violencia, esos lastres mencionados antes. Es un trabajo que afecta a toda la sociedad, pero que tiene una particular importancia en los sectores jóvenes, a quienes se debe infundir un abanico de valores (civismo, respeto, compasión, no violencia, pluralismo, etc.), que sustente una conciencia ciudadana definitivamente alejada de la violencia como método para resolver diferencias políticas. También aquí el testimonio directo de las víctimas representa un posible instrumento de enormes repercusiones³⁴. El segundo campo hace referencia a la necesidad ineludible de reescribir la historia reciente de Euskadi, que matice las interpretaciones más distorsionadas que citaba antes y, sobre todo, que rechace la idea de unos militantes de ETA, gudaris heroicos y desinteresados, que han luchado por la liberación de una Euskal Herria oprimida secularmente por la nación española. Esa interpretación, que no resiste la prueba del rigor histórico, es además un insulto a las víctimas y una apología de la violencia. El objetivo último no es el de construir una memoria unificada y única de estas últimas décadas, pero sí el abordar también el tema de la memoria desde parámetros pacíficos y de justicia (Etxebarria, 2007).

La perspectiva de una sociedad física y mentalmente más sana creo que sólo se puede concebir sin ETA. Sólo así, relegados los mitos actuales, impartida justicia ante los hechos delictivos, reconocido al menos en parte el daño causado, cuando de ETA sólo queden secuelas, es posible que una sociedad más armónica y relajada, más saludable éticamente, pueda ser generosa y vislumbrar un hipotético horizonte de reconciliación. En cualquier caso, estamos todavía muy lejos de ese momento, tal y como ha recordado brutalmente ETA con su reciente atentado en el campus de la Universidad de Navarra. La crónica del atentado en la prensa ligada a la izquierda abertzale nos alerta igualmente acerca del enorme trabajo pendiente en la deslegitimación de la violencia³⁵.

Vitoria-Gasteiz, noviembre 2008

Gobierno Vasco. El «Acto Institucional de homenaje y reconocimiento a las víctimas del terrorismo», que ha celebrado en 2008 su segunda edición, creo que constituye un hito en la visualización y reconocimiento social de las víctimas. Quisiera mostrar aquí mi apoyo y solidaridad con Maixabel Lasa, su Directora, citada y amenazada de forma explícita en el último comunicado de ETA (noviembre de 2008).

³⁴ Véase el dossier sobre el Plan Vasco de Educación para la Paz y los Derechos Humanos en *hika* 198 (abril 2008), 12-19.

³⁵ Vid. la fría crónica de la noticia y el editorial «Responsabilidad frente a especulación» en *Gara* (31-X-2008).

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Alonso, M. (2007). *¿Sifones o vasos comunicantes? La problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del conflicto vasco*. Bilbao: Bakeaz.
- (2) Altuna, A. (2007). «Víctimas del terrorismo y legitimación moral», en VV. AA, *Los ciudadanos y la política*. Vitoria-Gasteiz, Ciudadanía y Libertad, 72.
- (3) Aramburu, F. (2006). *Los peces de la amargura*. Barcelona: Tusquets.
- (4) Arias, P. L. (2006). «La memoria de las víctimas como condición de futuro», *hika*, 174: 10.
- (5) Ayesa, J. (2008). «Todos estáis invitados». *hika*, 198: 48.
- (6) Casquete, J. (2007). *Agitando emociones. La apoteosis del héroe-mártir en el nacionalismo vasco radical*. Bilbao: Bakeaz.
- (7) Duplá, A. (2006). «Deslegitimación de la violencia». *Bake hitzak. Palabras de paz*, 63: 73-75.
- (8) Duplá, A. (2006). «Indignaciones selectivas». *hika*, 142: 12.
- (9) Duplá, A. (2008). «Al César lo que es del César». *hika*, 199: 48.
- (10) Etxeberria, X. (2007). *Dinámica de la memoria y víctimas del terrorismo*. Bilbao: Mensajero.
- (11) Ibarretxe, J. J. (2008). Pleno del Parlamento Vasco. Debate sobre política general. 26 de septiembre de 2008. Discurso del Lehendakari, Vasco, Vitoria-Gasteiz: Serv. Publicaciones del Gobierno.
- (12) Kemplerer, V. (2001). LTI. *La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula.
- (13) Rivera, A. (2004). «Cuando la mala historia es peor que la desmemoria (acerca de los mitos de la historia contemporánea vasca)». *El valor de la palabra. Hitzaren balioa* 4:1-72.
- (14) Sevillano, F. (2007). *La representación del enemigo en la Guerra Civil*. Madrid: Alianza.
- (15) Trotsky, L. *Su moral y la nuestra*. Vitoria-Gasteiz, 2003 (original de 1938).
- (16) Villanueva, J. (2006). «El nacionalismo vasco ante el fin de ETA». *Página abierta*, 166-167: 14-23.
- (17) Villanueva, J. (2008). «¿Qué hacemos con la política mientras persiste ETA?». www.pensamientocritico.org.
- (18) Vitoria, J. (2006). «La sinrazón de la violencia terrorista», *Bake hitzak. Palabras de paz*, 61: 21s.

